

El valor de una palabra

La lengua un "problema" expuesto

Recientemente un agente de seguros observó detenidamente, de qué manera las personas narran sus informes de quejas al pedirles que describan sus accidentes en el menor número posible de palabras:

“Arranqué de la orilla del andén, miré rápidamente a mi suegra, y fui a dar contra el barranco”.

“El peatón no sabía para dónde correr, y así lo atropellé”.

“El tipo se movía de un lado a otro en la carretera, y tuve que hacer varios giros antes de golpearlo”.

La comunicación. Es el proceso de expresar lo que sentimos y lo que pensamos. Se trata igualmente de una impresión, y es la peligrosa pieza del rompecabezas de la vida. Las palabras pueden confundir, herir o perturbar. Y a la inversa, tienen el poder de sanar, animar, ayudar y enseñar. Desafortunadamente, a menos que estemos bajo el control del Espíritu Santo, nuestras palabras se inclinarán más a herir que a sanar.

Con frecuencia las palabras son trágicamente destructivas. No hace mucho, mi cronista deportivo favorito estuvo analizando la multa que le impusieron al entrenador de un equipo local de béisbol por insultar al comisionado de campo. Su columna defendió al entrenador diciendo: "Después de todo, fueron sólo palabras". ¿Sólo palabras? No hay tal cosa. Es como decir: "¡Después de todo, fue sólo una bomba atómica!" El siguiente testimonio muestra el potencial destructivo que poseen las palabras:

El colegio donde estudié mi bachillerato, tenía un programa de producción de ópera anual. Estudiantes muy talentosos ensayaban las diferentes piezas. Yo estaba convencido de que cantar en una opereta no hacía parte de mis habilidades y que realmente no era para mí. En una ocasión la Señora Wilson me preguntó si iba a ensayar para el papel del siervo negro. No era mi papel preferido. Sin embargo, tenía tres solos. Estoy convencido de que mi audición fue mediocre. No obstante, la Señora Wilson reaccionó como si hubiera escuchado un coro de ángeles. "Oh, eso fue muy hermoso. Estuvo perfecto. Usted es bueno para este papel", dijo. "¿Lo hará, verdad?" Yo acepté.

Al año siguiente cuando llegó el tiempo de la opereta, la mayoría de los estudiantes que el año anterior había ensayado los papeles principales, ya se había graduado, y la Señora Wilson había sido trasladada a otra escuela. En lugar de ella colocaron la imponente figura de un instructor que tenía una excelente voz como cantante, y buen conocimiento teórico de la música.

Cuando comenzó el ensayo estaba listo y convencido de que mi talento era justo lo que la opereta necesitaba. Reunido con aproximadamente 150 de mis compañeros, creía que todo saldría muy bien. Sin embargo, y pienso que nunca olvidaré las palabras que oí aquel día, porque al terminar la audición, el profesor me preguntó: "¿Quién le dijo a usted que podía cantar?" El joven tímido de un año atrás, renació de repente. Estaba totalmente destruido. Las palabras ásperas son profundamente malas en cualquier circunstancia, pero devas-

tadoras para un joven idealista. Desde el momento cuando escuché aquellas ocho palabras, y no obstante la persuasión de mi prometida, demoré ocho años para volver a cantar. La pluma es mucho más poderosa que la espada. Las palabras tienen un peso tremendo, y es una equivocación afirmar que “nunca me pueden herir”. Job dijo: “¿Hasta cuándo angustiaréis mi alma, y me moleréis con palabras?” (Job 19:2). Constantemente debo estar consciente de que las palabras que les digo a mis hijos como padre, a mi congregación como pastor, y a mi esposa como la compañera de mi vida, causan impacto. Esta es la razón por la que Dios me hace responsable por mis palabras (Mt. 12:36-37).

Las palabras hirientes no son el único problema que tenemos con nuestro lenguaje. A veces nuestra lengua simplemente sucumbe ante las cascadas de las diarias presiones. Recientemente, después del culto de la tarde, una joven madre me envió la siguiente nota pidiendo auxilio.

Querido pastor:

¿Cómo hace usted para controlar su lengua cuando al llegar el bus que recoge a su hijo, no encuentra los zapatos, el bebé comienza a llorar, la comida empieza a quemarse y también suena el teléfono? ¿Le dice a su amigo que lo llame más tarde, y rápidamente intenta recuperar algo de la comida para el bebé que llora? Pero, ¿qué de su hija menor a quien había mandado a vestirse hace 20 minutos, y aún está enpijamada en la puerta del cuarto? ¡Este es el tipo de situación diaria en la cual, tanto mi mente como mi lengua se descontrolan! Tal vez usted podría hablar de esto el domingo.

*Gracias,
Beth*

Además de la tensión por las batallas diarias, nuestras palabras se ponen bajo presión por estar expuestas a modelos negativos en la forma de hablar. Muchos de nosotros, por el ambiente donde desarrollamos las actividades diarias, enfrentamos una segura exposición al lenguaje degradante y corrupto, pues tenemos que oír

las acaloradas palabras de un jefe airado, el oscuro y crudo lenguaje de la televisión, la conversación casual con el vecino, o el descuidado parloteo entre los cristianos. Desafortunadamente nuestra lengua repite lo que escuchamos, y muchas veces sin darnos cuenta, permitimos que salgan palabras destructivas, ante personas que ni siquiera pueden creer lo que escuchan!

Ya sea que esto signifique confusión, arruinar por descuido, quedar bien en medio del caos, o un sometimiento subconsciente a las formas del lenguaje en el medio ambiente, las palabras pueden ser destructivas en tres dimensiones: La relación con Dios, con los seres que amamos, y aun con nosotros mismos. Debemos reconocer que poseer la lengua es semejante a tener dinamita en nuestra boca.

La Palabra de Dios nos muestra la tremenda tarea que enfrentamos para transformar nuestra manera de hablar. Santiago escribió: "...ningún hombre puede domar la lengua" (Stg. 3:8). Esta frase no está incluida en Santiago para causar desespero o empujar al fracaso, sino mas bien con el ánimo de enseñar que los esfuerzos personales no son de provecho. Para empeorar el asunto, leemos que la lengua "es inflamada por el infierno" (Stg. 3:6). Cuando se trata de transformar un fuego infernal en un instrumento de comunicación constructiva, nos hallamos ante una tarea de proporciones sobrenaturales. En el proceso de transformar la lengua, "nuestra lucha no es contra sangre y carne", sino contra una jerarquía organizada de poderes satánicos (Ef. 6:12).

Para transformar nuestras lenguas se requiere el poder sobrenatural. La victoria exige el manejo de armas sobrehumanas, siendo "fortalecidos en el Señor y en el poder de su fuerza" (Ef. 6:10). Estar fortalecidos en el poder del Señor no es algo místico, ni un proceso mágico. Significa que poseemos los sólidos y victoriosos recursos que Pablo identificó como la armadura de Dios (Ef. 6: 14-17). La primera pieza de la armadura es la verdad de Dios, y la Biblia nos enseña que ésta es la fuente de nuestra energía y crecimiento espiritual (Mt.

4:4; 1 P. 2:2). Cuando escudriñamos y meditamos en la Palabra de Dios, el Espíritu Santo la transforma en crecimiento, un crecimiento que produce fuerza espiritual victoriosa.

En cuanto a lo que tiene que ver con la lengua, Dios nos ha bendecido con la riqueza de la verdad que advierte, convence y transforma a medida que le permitamos morar en nosotros. Una de las secciones más instructivas sobre la verdad de la lengua es Santiago capítulo 3. En este pasaje hay cinco principios que nos hacen conscientes de lo trascendentales que son nuestras palabras.

Principio número uno: La medida de la madurez

Porque todos ofendemos muchas veces. Si alguno no ofende en palabra, éste es varón perfecto, capaz también de refrenar todo el cuerpo (Stg. 3:2).

La palabra *ofender* significa injuriar, según el diccionario de la lengua española, pero de acuerdo con el original en inglés, es definida como “tropezar o caer”, y se refiere a chocar torpemente. He ahí un vivo cuadro de inmadurez en la manera de hablar. La inmadurez de nuestro perro ovejero, que sólo tiene siete semanas, se refleja porque tropieza con casi todo lo que se encuentra en el camino. Los tropiezos con la lengua también manifiestan nuestro nivel de crecimiento espiritual. Mientras recorremos el camino de la vida, no sólo tropezamos nosotros cuando hablamos, también hacemos tropezar a otros. Algunos de nosotros podemos sentirnos muy bien con nuestra mala forma de hablar, debido a que las personas que nos rodean también tienden a ser “deslenguadas”. De pronto hemos asumido que la experiencia cristiana normal es poner en desorden el paisaje con santos derribados por nuestras palabras. Al fin y al cabo, ¿no todos tienen problemas con su lengua? Nuestra madurez espiritual no se mide por los patrones que para hablar, utilizan las personas que nos rodean, sino por los principios de la Palabra de Dios.

Literalmente el término *perfecto* significa: Completo o maduro. El versículo utilizado para este punto, nos enseña que seremos maduros sólo cuando dejemos de tropezar con nuestra manera de hablar, y mantengamos todo el cuerpo bajo control.

Ciertas habilidades son de prioridad. Si usted las domina, las demás vendrán con naturalidad. Un maratonista no tiene dificultad para recorrer un kilómetro. Un golfista profesional tiene facilidad para, a una distancia de 60 ó 70 centímetros y de un solo golpe, meter la pelota en el hoyo. Así puede ocurrir con la lengua. Si la dominamos, tendremos capacidad para controlar otras áreas de nuestra vida. ¿Alguna vez ha visto cómo se le da respiración boca a boca a una persona que se está ahogando? Cuánta emoción causaría la renovación de nuestras relaciones si somos capaces de aprender madurez boca a boca, es decir, por la forma de intercomunicarnos.

Principio número 2: Pequeña, pero importante

He aquí nosotros ponemos freno en la boca de los caballos para que nos obedezcan, y dirigimos así todo su cuerpo. Mirad también las naves; aunque tan grandes, y llevadas de impetuosos vientos, son gobernadas con un muy pequeño timón por donde el que las gobierna quiere. Así también la lengua es un miembro pequeño, pero se jacta de grandes cosas. He aquí, ¡cuán grande bosque enciende un pequeño fuego! (Stg. 3:3-5).

Las guerras que han exterminado miles de vidas han sido encendidas por la chispa de la lengua. Los matrimonios que se embarcaron una vez en una gozosa aventura, han sido conducidos contra las rocas por el defectuoso timón de la lengua. De los años en el ministerio, no puedo recordar alguna situación en la cual la complicación de los problemas no hubiera comenzado por el incendio que producen las palabras negativas.

¡Las termitas (comejenes) causan terror! Son pequeñas criaturas, generalmente invisibles, quienes a su

paso devoran todo lo valioso que ha sido construido con madera en los hogares. Santiago dice que la lengua es semejante a aquéllas, pequeña, pero significativa. Mediante cosas pequeñas como un freno, un timón, y una chispa, nos ilustra sobre el poder que tiene la lengua. Su conclusión es que “la lengua es un miembro pequeño, pero se jacta de grandes cosas” (Stg. 3:5).

Los muchachos de la calle lo dicen mejor. El chismoso es un “bocón”. Con esto no se refieren al tamaño de la boca, sino a la descripción mordaz sobre los grandes problemas que causa esta pequeña cavidad.

Principio número tres: Encendido rápido

Y la lengua es un fuego, un mundo de maldad. La lengua está puesta entre nuestros miembros, y contamina todo el cuerpo, e inflama la rueda de la creación, y ella misma es inflamada por el infierno (Stg. 3:6).

La seriedad de la actividad de la lengua se revela en la verdad de que “es inflamada por el infierno”. Es como tener en nuestra boca un sindicato organizado para el crimen. Nuestra lengua tiene la capacidad de corromper nuestro ser por completo. Nadie está exento del daño que la lengua puede causar.

Ocasionalmente mi esposa y yo hemos disfrutado el privilegio de estar con gente muy respetable y piadosa. Aunque los encuentros han sido beneficiosos, más de una vez nos hemos sorprendido por la facilidad con que, inconscientemente, dañan la imagen de otros hablando de sus faltas. Debemos recordar que el fuego es una de las pocas fuerzas que causan daños irreparables. Las palabras ardientes llegan a destruir relaciones que, una vez restauradas, ya no pueden seguir siendo lo mismo. Nuestras familias, negocios, iglesias, amigos, enemigos, seguridad, felicidad y paz, son vulnerables a la contaminación de la lengua. Necesitamos utilizar avisos que digan: **“¡CUIDADO: LA VIDA PUEDE QUEMARSE MUY RAPIDO, APAGUE SU LENGÜA!”**

Principio número cuatro: Una bestia salvaje y mortal

Porque toda naturaleza de bestias, y de aves, y de serpientes, y de seres del mar, se doma y ha sido domada por la naturaleza humana; pero ningún hombre puede domar la lengua, que es un mal que no puede ser refrenado, llena de veneno mortal (Stg. 3:7-8).

Me causa gracia el gran esfuerzo que es necesario hacer para domar animales. Hay “elefantes futbolistas”, perros que entonan “Hoy es Navidad”, chimpancés que se comunican con signos, loros que hablan, y focas que “juegan baloncesto” mejor que uno.

Domar el tigre que constituye nuestra lengua, debe ser una prioridad. Por el poder del Espíritu Santo la lengua puede ser domada para la gloria de Dios. Si no ponemos nuestra lengua bajo el control del Espíritu, estará llena de veneno mortal. Pablo escribió acerca de la humanidad caída así: ...Veneno de áspides hay debajo de sus labios... (Ro. 3:13).

En algunas regiones de América del Sur hay una serpiente llamada la “Doblepaso”. Si usted llegara a ser mordido por ella, sólo daría dos pasos y moriría. Su veneno paraliza rápidamente todo el sistema nervioso hasta detener el corazón. Las palabras pueden ser así. Tienen el poder de matar rápidamente una relación, paralizar el amor, envenenar la mente, destruir la fe, manchar la pureza y estropear la buena fama.

Principio número cinco: El doble problema de la lengua

Con ella bendecimos al Dios y Padre, y con ella maldecimos a los hombres, que están hechos a la semejanza de Dios. De una misma boca proceden bendición y maldición. Hermanos míos, esto no debe ser así. ¿Acaso alguna fuente echa por una misma abertura agua dulce y amarga? Hermanos míos, ¿puede acaso la higuera producir aceitunas,

o la vid higos? Así también ninguna fuente puede dar agua salada y dulce (Stg. 3:9-12).

Alguien ha dicho que la lengua está dividida en dos partes, y que se mueve en dos direcciones. La Palabra de Dios la dibuja como doble, o falsa (1 Ti. 3:8). Es sorprendente cómo, de camino a la iglesia, podemos envenenarnos unos a otros, y después de parquear el carro, iempezar a hablar piadosamente! Difícilmente terminamos de interpretar el último cántico cuando ya nos estamos quejando porque el ujier no nos acomodó en el puesto favorito. "...Hermanos míos, esto no debe ser así" (Stg. 3:10).

La naturaleza misma no actúa de una forma tan incoherente como esa. Es imposible que una misma fuente suministre agua dulce y amarga, o la vid produzca higos. Si algo así llegara a ocurrir, enseguida lo rechazaríamos con desagrado. Dios puede preguntarnos: "¿Puede una nueva criatura (2 Co. 5:17), pronunciar las palabras vulgares que hacían parte de su vida antigua?"

En estos cinco principios Santiago nos ha hablado del trágico potencial de la lengua. El paso número uno para llegar a la victoria es permitir que estas verdades penetren en nosotros. Santiago deja oír la clara advertencia: Una lengua transformada debe ser la prioridad para quienes desean crecer como discípulos.

La advertencia de Santiago, sin embargo, llega a tener aún más importancia cuando comprendemos que muchos cristianos son insensibles a los problemas de un lenguaje destructivo. Nos excusamos unos a otros con racionalizaciones tales como: "Bueno, ¿no es verdad?", o "si no querían que la gente hablara, nunca debieron hacer eso". Y la más sutil excusa entre los creyentes es: "Te voy a contar una cosa, pero sólo para que la lleves en oración". Este proceso de insensibilización ha abierto las compuertas a diluvios de pecados en la comunicación.

Entiendo que si ponemos al fuego una olla de agua fría, y dentro de ésta una rana, el animal no saltará

inmediatamente, pero el agua se calentará poco a poco hasta ocasionarle la muerte. No es que la rana sea tonta. Lo que sucede es que sus nervios se insensibilizan a medida que el agua se va calentando, y para cuando ésta ha hervido, su sistema nervioso se encuentra adormecido por completo. Es así como la rana muere cocinada.

Al igual que la rana, nosotros también podemos permitir que se adormezcan nuestros nervios espirituales. Si una descuidada manera de hablar es aceptada y forma parte de nuestra vida, pensaremos que la lengua carnal es una parte normal de nuestra espiritualidad. Cuando eso sucede, la iglesias, colegios, hogares, el compañerismo y la relación con Dios, serán víctimas cocinadas hasta la muerte por nuestra falta de sensibilidad.

Pecados como el fraude, el engaño, la mentira y el falso testimonio, deben ser entendidos desde el punto de vista divino. El chisme y la calumnia, como pecados de la lengua durante los diálogos informales, deben ser refrenados. Los descuidos verbales de nuestro ego como la jactancia, la adulación y la exageración, claramente están fuera de límite. El cáncer de una lengua murmuradora y contenciosa, debe ser removido. Las exclamaciones profanas que violan la dignidad del nombre de Dios y nuestra sensibilidad a la pureza moral, deben ser desechadas.

Un estudio de la verdad acerca de estos pecados específicos de la lengua fortalecerá nuestros nervios espirituales. Una sesión sobre la "sensibilidad", con la Palabra de Dios, será un paso gigante hacia una lengua transformada.